



II Jornadas de Investigación en Humanidades

30, 31 de agosto y 1 de septiembre 2007

**Universidad Nacional del Sur
Departamento de Humanidades
Bahía Blanca, Argentina**

Auspiciantes:

**Fundación Ezequiel
Martínez Estrada**

**Cátedra Libre de
Derechos Humanos del
Departamento de
Humanidades de la
Universidad Nacional
del Sur**

La heterogeneidad de la categoría construida: los “locales” del sudoeste de la provincia de Buenos Aires.

Enrique, Laura Aylén
Universidad de Buenos Aires.
aylenle@yahoo.com.ar

Ante la demanda de diversificar la actual oferta turística del área circundante al Sistema Serrano de Ventania (provincia de Buenos Aires), resultó preciso indagar acerca de cómo era percibido el lugar, focalizando en los denominados actores sociales “locales”. En el transcurso de la investigación se hizo evidente la complejidad respecto de la elaboración de la categoría “local” y de la metodología más adecuada para relevar la perspectiva buscada.

Los resultados de las observaciones, encuestas y entrevistas revelaron las dificultades de la construcción del “objeto” de estudio, así como también la necesidad de negociar el “campo” con los sujetos estudiados. Asimismo, reflejaron la heterogeneidad intrínseca de la categoría y el requerimiento de desnaturalizar los presupuestos propios, dado que la misma autora se veía incluida en el grupo estudiado.

Se concluye que, como el proceso de construcción del “campo” no es neutral, es preciso reflexionar en términos de quiénes son construidas las categorías, así como también quién es el que determina dónde y cuándo una comunidad traza sus límites. No obstante, los reagrupamientos analíticos no necesariamente tienen que coincidir con los que realizan los sujetos desde su punto de vista, e incluso, no siempre se expresa una total correspondencia entre una determinada “comunidad” y un determinado lugar.

Introducción

En el marco de un proyecto de investigación¹ más amplio, que buscaba responder a las demandas locales de diversificar la oferta turística actual del área circundante al Sistema Serrano de Ventania (provincia de Buenos Aires), fue preciso indagar acerca de cómo era percibido el lugar. Mi tarea se focalizó en las representaciones por parte de quienes fueron englobados dentro de la categoría de actores sociales “locales”. No obstante, en el transcurso de la investigación resultó evidente la complejidad respecto de la elaboración de dicha categoría y de la metodología más adecuada para relevar la perspectiva deseada.

Circunscribí la zona de interés a las localidades de Sierra de la Ventana, Tornquist y Bahía Blanca, dejando de lado, en primera instancia, las comunidades restantes de los partidos de Coronel Suárez, Coronel Pringles, Saavedra, Tornquist y Bahía Blanca que el proyecto general mencionado abarcaba, debido a la gran extensión del área y el escaso tiempo disponible para su examen. Fue necesario pensar la entrada al campo previamente, dado que esta nunca es neutra, y tener presente su redefinición continua; otorgando importancia a precisar quién es el que escribe y cuáles son sus objetivos, como sugiere Rockwell (1989). En este sentido, Gadamer (1988) afirma además que el saber qué se desconoce permite preguntarse² y ver las posibilidades que quedan en suspenso.

Por otro lado, el hecho de ser nativa de la ciudad de Bahía Blanca y haber pasado dieciséis años de vida allí hasta ir a estudiar a Buenos Aires en el 2003 condicionó mi interés en el proyecto. Conocía la mayoría de los sitios de incumbencia del estudio proyectado, pero esta vez implicaba un acercamiento desde un nuevo punto de partida, siendo también investigadora, lo cual requería un importante esfuerzo en cuanto a desnaturalizar los presupuestos de mi sentido común. Si bien resultaba necesario generar nuevos y variados contactos, conocía muchas personas que podían brindarme información sobre el tema ya que muchos habitantes de Bahía Blanca tienen propiedades en Sierra de la Ventana y la región, o son turistas frecuentes de la zona.

En este contexto, me propuse indagar acerca del proceso de elaboración de la categoría analítica de actores sociales “locales”, llevado a cabo en el marco más amplio del proyecto de investigación.

Marco teórico-metodológico

A fin de analizar el proceso de construcción social del paisaje teniendo en cuenta la perspectiva de la “comunidad”, realicé un relevamiento de los actores sociales involucrados en él, más allá de que mi investigación se abocaría a la población “local”, en particular la no-gubernamental. La pregunta era cómo se interrelacionaban. Además, resultaba preciso considerar que más allá de la distinción llevada a cabo con fines analíticos entre el gobierno y la comunidad, las guías de turismo y el dueño del Hotel Provincial, por ejemplo, eran agentes gubernamentales. Por otra parte, el eje planteado para la “comunidad” estaba dado por ¿qué cuentan? ¿qué contarían? ¿qué no? Asimismo, con respecto a los visitantes era: ¿qué les cuentan? ¿qué buscan? ¿qué encuentran?, y en lo que concierne al investigador: ¿cuáles son sus objetivos? ¿cuáles sus preconcepciones? ¿de qué marco teórico y metodológico parte?

Se utilizaron técnicas cualitativas como la observación participante y se diagramaron modelos de entrevistas; asimismo, se recurrió a técnicas de tipo cuantitativo al conformar encuestas para su puesta en acción. En la presentación de las entrevistas y encuestas no se explicitó detalladamente el tema a fin de no condicionar en demasía las respuestas y permitir que sean libres y abiertas para posibilitarme el quebrar mis presupuestos, sólo refería ambiguamente que se estaba realizando un

“relevamiento del paisaje y los recursos culturales de la región”. El modelo pensado originariamente para las encuestas y entrevistas fue puesto a prueba con otras personas procedentes de lugares diversos antes de llevarla a cabo para ajustar las preguntas y clarificarlas, otorgándome mayor seguridad a la hora de ponerla en práctica y menor pérdida de tiempo una vez efectuado el acceso al campo. Por otra parte, en las encuestas a enviar por e-mail a los contactos de Bahía Blanca se procuró que se explayaran en descripciones generales sobre la región, tres lugares a elección; que identificasen elementos y unidades relevantes del paisaje³; que señalaran la producción (tanto agrícola-ganadera como industrial y turística); su relación con los visitantes, qué se les muestra en la actualidad y qué se les podría mostrar; y expusiesen la imagen que tenían del paisaje previo.

La heterogeneidad de la categoría analítica y la necesidad de negociar el “campo”

Sin embargo, los resultados de las observaciones, encuestas y entrevistas revelaron las dificultades de la construcción del “objeto” de estudio, así como también la necesidad de negociar el “campo” con los sujetos estudiados. A través de las interacciones se volvieron más evidentes mis presupuestos y los de los consultados, visibles al buscar establecer puntos de referencia comunes a ambos, la “fusión de horizontes”⁴ de Gadamer (1988). De este modo, el objeto de estudio fue construido quebrando mi propio sentido común al cuestionarlo mediante una ruptura epistemológica (Bourdieu, 1995). En el mismo sentido, Giddens (1987) plantea la “doble hermenéutica” que se despliega en las ciencias sociales, en tanto el científico es también un ser social interpretando desde un lenguaje que implica preconstrucciones naturalizadas. Por tal razón, el “campo” se negocia y se problematiza, no es un lugar en sí, algo dado a priori. Lo que lo constituye como tal es la transformación que en él se opera al trabajarlo a través de una multiplicidad de disposiciones y prácticas corporizadas: el “habitus de campo” que postula James Clifford (1999). Es la articulación de la teoría y la práctica, el método de acercamiento y tratamiento según Bourdieu (1995), lo que en el proceso de investigación va configurando el “campo”: el conocimiento se construye en el encuentro con el otro. Augé (1993) propone la noción de “lugar antropológico” a fin de dar cuenta de esa idea que se construye simultáneamente por el principio de sentido que tiene para sus habitantes y por el principio de inteligibilidad que posee para aquel que lo observa. Se conforma como una idea parcialmente materializada, que quienes lo habitan se hacen de su relación con el territorio, con sus semejantes y con los otros. Para este autor, la organización del espacio y la constitución de lugares son, en el interior de un mismo grupo social, modalidades de las prácticas colectivas e individuales, no se construyen de una vez y para siempre. Del mismo modo, el concepto de “capital espacial” propuesto por Prévôt Schapira (2001) permite aproximarse a la problemática pensando el lugar como un conjunto interiorizado de formas de relación (intelectuales y prácticas) de un individuo con el espacio, considerado como un bien social. Este capital se

construye con la experiencia y permite analizar el espacio en función de las representaciones y de los usos que los individuos hacen de él.

Asimismo, la heterogeneidad de la categoría construida se manifestó en el análisis de las observaciones, encuestas y entrevistas. E incluso resultó necesaria cierta des-naturalización de los presupuestos propios de la autora, ya que la misma se veía incluida en el grupo estudiado. Para lo último fue de utilidad la noción de “obstáculo epistemológico” de Bachelard (1971). Según el autor, se conoce siempre contra un conocimiento anterior, el “obstáculo epistemológico” se incrusta en el conocimiento incuestionado. Así, es vital romper con el propio sentido común (Bourdieu, 1995) a fin de “sustituir el saber cerrado y estático por un conocimiento abierto y dinámico” (Bachelard, 1971: p. 192) dado que el primer obstáculo lo constituye la opinión. En ese sentido, Emerson (1995) también indica la influencia de la experiencia previa, la formación y los compromisos en la actitud y predisposición del investigador que escribe las notas de campo. Para Geertz (1989: p. 154), “toda descripción etnográfica (...) es siempre descripción del descriptor, y no del descrito”. Por estas razones resulta fundamental una especial atención a la reflexibilidad del investigador, dada la imposibilidad de una aproximación neutral y objetiva, a fin de explicitar los presupuestos básicos. Geertz también se pregunta “¿quiénes somos nosotros para describirlos a ellos?” (1989: p. 145) ¿Me autoriza el hecho de ser nativa de la zona a pensar sobre las representaciones de gente que considero de una comunidad ajena a la mía? ¿Hasta dónde me considero “ajena” a la misma? Según Althabe (1999), el investigador es “convertido” en actor mediante los procesos que está estudiando y, más allá de que el conocimiento se produce en la situación de campo, al ser yo misma “local” me distinguía de los otros investigadores por conocer personalmente el área de incumbencia del proyecto. En consecuencia, me resultó más fácil utilizar los códigos semejantes a los de los actores sociales estudiados, así como también a veces me fue más difícil enajenarme de ellos con categorías analíticas como investigadora. En ese sentido, Coulon (1988) refiere a la reflexibilidad del autor advirtiendo que se construye una situación al describirla. En palabras de Batallán (1995), los datos constituyen materiales simbólicos que surgen durante los procesos analíticos de la investigación, a pesar de la pérdida de intensidad y complejidad al editar las notas de campo.

Por otro lado, resultó necesario tener presentes las tensiones existentes entre los intereses a nivel local, enmarcándolas dentro del contexto histórico particular, que permite descubrir la pluri-significación propia del paisaje y articularla con miradas tipificadoras que se ponen en crisis simultáneamente.

En ese sentido, Hannerz (citado en Safa Barraza, 1993) propone revalorizar el estudio de la ciudad como un espacio históricamente construido que interviene en la constitución de la experiencia cultural de sus habitantes. Del mismo modo, Arantes (1994), afirma que la experiencia urbana contemporánea propicia la formación de una compleja arquitectura de territorios, lugares y no-

lugares, que lleva a la formación de contextos espacio-temporales flexibles, más efímeros e híbridos que los territorios sociales identitarios. Este autor plantea que en el espacio urbano se construyen colectivamente fronteras simbólicas que separan, aproximan y ordenan categorías de los grupos sociales y sus relaciones mutuas. Para comprender la transformación espacial actual, el paisaje es un concepto clave, dado que constituye un proceso material de apropiación espacial (Zukin, 1996).

Consideraciones finales

Luego de sucesivas reformulaciones me replanteo qué entiendo por “representaciones”, cuya ambigüedad inherente, dados sus variados usos, me hace relegar el término en las definiciones reemplazándolo por la noción de “mirada local”. No obstante, en función de mi propia reiteración acerca de la multiplicidad de actores que intervienen en la construcción del paisaje, que no es unívoco sino complejo, corrijo la denominación por la de “múltiples miradas”. Incluso, debido a que los denominados actores sociales “locales” constituyen un grupo heterogéneo compuesto por residentes y quienes están de modo más transitorio en el lugar, podría pensarse en una “multilocalidad” para dar cuenta en mayor medida de esta situación. La noción de territorio, ampliando la región permite enfatizar en las articulaciones franqueando el recorte arbitrario de las toponimias y las jurisdicciones gubernamentales establecidas. Del mismo modo, Lacarrieu (2003) propone pensar el “hacer la ciudad” desde la “producción de lo local” en un sentido relacional y contextual. Esta autora señala que se generan “sujetos locales” que se localizan en lugares definidos social y espacialmente, e incluso con vínculos complejos con otros lugares y en función de ritos de pasaje relacionados a multi-temporalidades que los atraviesan.

Al retornar a los registros noto que, a pesar de la multiplicidad de potenciales puntos de vista que progresivamente encuentro, estos no llegan a abarcar la totalidad que constituye la situación real: “la heterodoxia del objeto de estudio nos molesta” (Ratier, 1988). No obstante, considero de acuerdo con Althabe (1999) que el reagrupamiento “en la residencia” o “en el trabajo” que realizamos como antropólogos no tiene que por qué coincidir con los reagrupamientos que pueden realizar los sujetos desde su punto de vista. Del mismo modo, Clifford (1999) plantea los interrogantes acerca de en términos de quién nos referimos al “local”, y quién determina dónde (y cuándo) una comunidad traza sus límites, da nombre a sus miembros y excluye a los no miembros. Según Hannerz (1996), lo local tiende a desarrollarse como “vida cotidiana”, gran parte mediante encuentros previstos y relaciones ampliamente inclusivas y de larga duración. Sin embargo, para el autor, lo local no es autónomo, no tiene consistencia propia, es un escenario donde confluyen diversidad de influencias, donde es valorado el sentido de proximidad, de inmersión, de contextualidad (uno no se piensa a sí mismo a nivel regional). Esto explica las razones por las cuales algunos de los encuestados se consideraron a sí mismos “locales” por habitar en la zona y

otros no, arguyendo los mismos motivos. Por otro lado, teniendo en cuenta la propuesta de Massey (1991), es preciso no establecer una identidad entre lugar y “comunidad” (como grupo social coherente, no homogéneo, con estructuras internas), dado que existen comunidades sin estar en el mismo lugar. Finalmente, teniendo en cuenta que el proceso de construcción del “campo” no es neutral, es preciso reflexionar en términos de quiénes son construidas las categorías.

Bibliografía

ALTHABE, G. (1999) Lo microsocioal y la investigación antropológica de campo, en Althabe, G. y F. Schuster (comp): *Antropología del presente*, Buenos Aires, Edicial.

ARANTES, A. (1994) “A guerra dos lugares. Fronteras simbólicas e liminaridades no espaço urbano de São Paulo”, en *Revista do patrimônio histórico artístico nacional*, número 23, Río de Janeiro, IPHAN.

AUGÉ, M. (1993) El lugar antropológico, *Los no-lugares. Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa.

BACHELARD, G. (1971) “Psicoanálisis del conocimiento objetivo” (capítulo 3), *Epistemología*, Editorial Anagrama.

BATALLAN, G. (1995) “Autor y Actores en Antropología: Tradición y ética en el trabajo de campo”, en *Revista de la Academia* N° 1; Santiago de Chile, pp. 97-106.

BOURDIEU, P. Y WACQUANT, L. (1995) La práctica de la antropología reflexiva, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.

CLIFFORD, J. (1999) Practicas espaciales, el trabajo de campo, el viaje y la disciplina de la Antropología; *Culturas viajeras, Itinerarios transculturales*, Barcelona, Editorial Gedisa.

COULON, A. (1988) Capítulo III, *La Etnometodología*, Madrid, Cátedra, pp. 31-52.

EMERSON, R. et alia (1995) Capítulo III, *Writing Ethnographic Fieldnotes*, Chicago, University of Chicago Press.

GADAMER, H. (1988) Capítulo XI, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme.

GEERTZ, C. (1989) “Estar aquí. ¿De qué vida se trata al fin y al cabo?”, *El antropólogo como autor*, Barcelona, Editorial Paidós.

GIDDENS, A. (1987) *Las nuevas reglas del método sociológico: crítica positiva de las sociologías interpretativas*, Buenos Aires, Amorrortu.

HANNERZ, U. (1996) Lo local y lo global: continuidad y cambio, *Conexiones transnacionales*, Madrid, Cátedra.

LACARRIEU, M. (2003) Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis, en Welch Guerra, M. (comp): *Buenos Aires: la ciudad en cuestión*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

LOPO, M. Y T. NÚÑEZ (2004) “Gestión de Recursos Culturales y Desarrollo Local. Caso Tornquist en el Sistema de Ventania”, en *La gestión del patrimonio centralidad y periferia*, Buenos Aires, Ediciones FADU, UBA – UNESCO – UPV.

MASSEY, D. (1991) “Un sentido global de lugar”, en Revista *Marxism today*, Junio.

PRÉVÓT SCHAPIRA, M. (2001) “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades”, en *Perfiles latinoamericanos*, año IX, número 19, México, FLACSO.

RATIER, H. (1988) “Indios, gauchos y migrantes internos en la conformación de nuestro patrimonio social”, en *Índice*, nº 1, Buenos Aires, Segunda Época.

ROCKWELL, E. (1989) Primera parte, *Notas sobre el proceso etnográfico (1982-1985)*, México, DIE.

SAFA BARRAZA, P. (1993) Espacio urbano como experiencia cultural, en Estrada, M. et alia (comp): *Antropología y ciudad*, México, CIESAS-UAM-Iztapalapa.

ZUKIN, S. (1996) “Paisagens urbanas pós-modernas: mapeando cultura e poder”, en *Ciudadania, Revista do patrimonio histórico e artístico nacional*, número 24, Brasil, IPHAN.

¹ “Gestión de recursos culturales y desarrollo local. El caso del partido de Tornquist”, desarrollado en Lopo, M. y T. Núñez (2004).

² “Si no ha habido pregunta no puede haber conocimiento científico. Nada se da. Todo se construye”, Bachelard (1971) p.189.

³ *Elementos del paisaje*: entidades que constituyen componentes básicos para determinar la base de la configuración de una singularidad propia del territorio.

Unidades del paisaje: configuraciones de elementos, patrones de combinación de los mismos que en forma particular se extienden en porciones continuas o discontinuas del territorio conformando un conjunto definido que puede distinguirse de otro por su contexto y escala.

⁴ La conversación constituye una transformación hacia una perspectiva común, compartida entre los interlocutores: el “logos” que rebasa la opinión intersubjetiva de los mismos.